

santa Hostia en donde creemos firmemente que están contenidos el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo. Pues ¿qué pureza no necesita para tocar á Aquel á quien los ángeles contemplan temblando de santo respeto? ¿Qué recogimiento no debe llevar el sacerdote en la celebración de un Misterio tan tremendo y tan tierno? ¿Qué amor no debe acompañar este maravilloso sacrificio, en donde el Hijo de Dios se pone entre las manos de un hombre, para dejarse distribuir en alimento? ¿A quién pues recurrirá el sacerdote para obtener todas estas disposiciones y otras muchas que le faltan, y sin las cuales no puede desempeñar como conviene el ministerio de los altares?

Mas allí está Señor San José para escuchar su súplica, para instruir su ignorancia y revelarles todos los secretos cuya ciencia tanto necesita. ¿Cuántas veces este piadoso Patriarca no ha tenido la felicidad de llevar entre sus manos al Niño Jesús? ¿Cuántas veces, semejante al que celebra los santos Misterios, no le ha depositado para volverle á tomar y depositarle otra vez? ¿Cuántas veces no se ha inclinado sobre Él muy cerca contemplándole con indecible embriaguez y ardiendo en deseos de derretirse *en uno* con Él en

las delicias de una misteriosa comunión? Que el sacerdote indigente vaya pues á mendigar con Señor San José algunas de las disposiciones de amor y de respeto que llenaban toda su alma en esos felices instantes en que la Madre Inmaculada volvía á poner en sus brazos al Hijo de Dios.

Por lo demás, la santa Iglesia misma nos invita á marchar por este camino: tiene admirables oraciones que pone en los labios del sacerdote antes de la celebración de los santos misterios; y para obligarlo á repetir las con mas frecuencia, tiene cuidado de enriquecerlas cada vez con una indulgencia. Respiremos un instante el perfume de celestial poesía encerrado en estas tiernas oraciones:

«!Oh Señor San José! ¡Padre y custodio de las vírgenes! Vos, á quien Dios confió á Jesucristo la inocencia misma, y á la Virgen de las vírgenes, María; os suplico por esta doble prenda que os fué tan querida, y os conjuro por Jesús y por María, que me preserveis de toda impureza, que conserveis mi espíritu sin mancha, mi corazón en la inocencia y mi cuerpo en la castidad, para que pue-

da en todo tiempo servir castísimamente á Jesús y María. Así sea.» (1)

«¡Oh bienaventurado varón Señor San José! á quien fué dado no solamente *ver* y *escuchar* á Aquel á quien muchos reyes quisieron *ver* y *escuchar*, sin ser cumplidos sus deseos; sino también llevarle, besarle, vestirle y guardarle.

V. Rogad por nosotros, bienaventurado José.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACION.

«Dios, que nos habeis dado un sacerdocio real, os pedimos, que así como habeis concedido al bienaventurado José el tocar y llevar en sus manos respetuosas á vuestro Hijo

(1) *Virginum custos et pater, Sancte Joseph, cuius fideli custodia ipsa innocentia Christus Jesus et Virgo virginum Maria commisa fuit, te per utrumque charissimum pignus Jesum et Mariam obsecro et obtestor, ut me ab omni immunditia praeservatum, mente incontaminata, puro corde et casto corpore, Jesu et Mariae semper facias castissime formulari. Amen.*

Para los sacerdotes que recen esta oración, un año de indulgencia cada vez.

Único, nacido de la Virgen María; nos concedais del mismo modo el servir en nuestros altares con la pureza del corazón y la inocencia de las obras; á fin de que tomemos hoy dignamente el Cuerpo y la Sangre Santísima de vuestro Hijo, y merezcamos las recompensas eternas en el siglo venidero: por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.» (1)

Paréceme que descubro todavía otra relación bien manifiesta entre el sacerdote y Se-

(1) *O felicem virum Beatum Joseph, cui datum est Deum, quem multi reges voluerunt videre et non viderunt, audire et non audierunt, non solum videre et audire, sed portare, deosculari, vestire et custodire!*

V. Ora pro nobis, Beate Joseph.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Deus, qui dedisti nobis regale Sacerdotium, praesta quaesumus, ut sicut Beatus Joseph unigenitum Filium tuum, natum ex Maria Virgine, suis manibus reverenter tractare meruit et portare; ita nos facias, cum cordis munditia et operis innocentia, tuis sanctis Altaribus deservire, ut sacrosanctum Filii tui Corpus et Sanguinem hodie digne sumamus, et in futuro saeculo praemium habere mereamur aeternum: per Christum Dominum nostrum. Amen.

Para todos los sacerdotes que recen esta oración, un año de indulgencia cada vez.

ñor San José. Así como José, el sacerdote á causa de su virginidad que le hace digno de servir á la operación de los Misterios celestiales, llega á ser *Padre de Jesucristo*, á quien engendra en las almas por la eficacia del ministerio apostólico. Debe pues, como su vocación se lo manda, hacer crecer á Jesucristo en los corazones, hasta que los fieles á quienes dirige se hayan hecho la imágen viva del Hijo único en quien el Eterno Padre ha puesto todo su amor. El padre *según la carne* tiene que dividir su solicitud y su ternura, pues estando obligado á proveer á la vida del cuerpo lo mismo que á la del alma, no puede dar á esta toda su vigilancia y todos sus cuidados. Pero el sacerdote, más feliz, revestido de funciones mas gloriosas, y armado de auxilios mas eficaces, concentra únicamente sus esfuerzos sobre el desarrollo de la vida de la gracia. Y en esta gran familia de la cual es padre, olvidando la diferencia de sexos, de edades y condiciones, no ve más que una sola cosa: *Jesucristo*; y exclama con San Pablo: «Ya no hay gentil, ni judío, ni bárbaro, ni escita, ni esclavo, ni hombre libre: Jesucristo es todo en todos.» (1)

(1) Col. III.

¡Qué solicitud tan vigilante no se necesita para velar sobre el crecimiento de esas tiernas plantas á quienes rodean tantos enemigos! Los demonios, de los cuales el cruel Herodes era á la vez *figura* y ministro, se levantan con rabia implacable contra este recién nacido de la gracia, que acaba de aparecer en el fondo del corazón de los fieles; y juntan la astucia y el fraude á la violencia de los ataques manifiestos. ¡Qué prudencia no se necesita para desbaratar todos sus complots! El sacerdote debe tener también un desinterés á toda prueba; porque Jesucristo acostumbra asociar á sus penas durante esta vida á los que quiere admitir en el cielo á la participación de su gloria. Preciso es también que posea un valor invencible, una larga perseverancia, y otras muchas virtudes sin las cuales no podrá tener éxito en un ministerio tan santo. ¿A quién debe pues, recurrir cuando se sienta tibio y pobre, cuando se encuentre privado de todas esas virtudes de que tanto necesita?

El piadoso fundador de San Sulpicio, M. Olier, le mostrará como nosotros, y mejor que nosotros, la fuente de ese espíritu sacerdotal, sin el cual todas sus armas sobrenaturales no pueden producir grandes efectos para la san-

tificación de las almas. «Los sacerdotes sobre todo, dice el piadoso autor, deben conducirse por el modelo del gran San José, respecto de los hijos que engendran á Dios. Este gran Santo conducía y dirigía al Niño Jesús en el Espíritu de su padre, en su dulzura, su sabiduría y su prudencia: así debemos nosotros hacer respecto de todos los miembros de Jesucristo que nos son confiados, y que son como otros Jesucristo, tratándolos con la misma reverencia con que Señor San José trataba al Niño Jesús.» (1)

Consideremos ahora, en el capítulo siguiente, á Señor San José como Patrón de los artesanos.

CAPITULO VII.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de los artesanos.

DESPUÉS que Adán hubo consumado ese funesto pecado que debía dañar á toda la familia humana; y después que confesó su crimen, pronunció Dios contra él la sentencia de su condenación, y le dijo: «Porque escu-

(1) Vida de M. Olier.

chaste la voz de tu esposa, y porque comiste el fruto del árbol que se te había prohibido, la tierra será maldita para tu trabajo, y en medio de las penas te proveerá de los alimentos todos los días de tu vida. Germinará para tí abrojos y espinas, con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de donde has sido sacado. Porque eres polvo, y en polvo te convertirás» (1)

Tales son las palabras amenazadoras que pronuncia la Justicia divina contra Adán. Y no debemos creer que este severo castigo haya sido reservado para él solo: pues así como Adán contenía en cierto modo en su pecado á todas las generaciones futuras que debían salir de él, de la misma manera su castigo encierra en sí todos los castigos de todos los hombres hasta la consumación de los tiempos. Es de todos de quienes se dijo: «La tierra será maldita para tu obra; y con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan.» Todos, cualquiera que sea el género de industria que ejerzan, respecto de la tierra, y todas las diversas producciones cuyo primer principio es la tierra, deberán llevar sobre sí el peso abrumador de esta fatiga que Dios

(1) Gen., III.